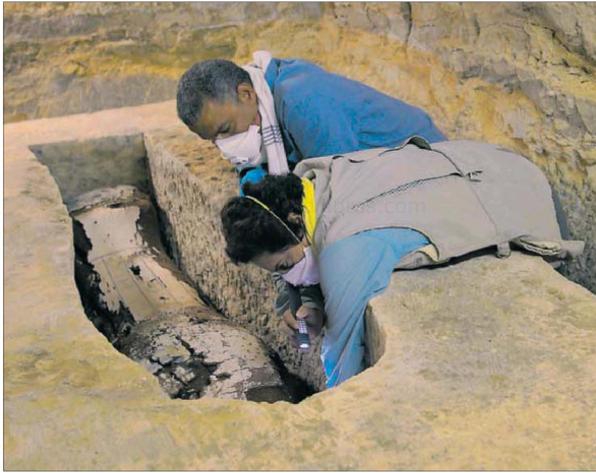


CULTURA



Ramadan Hussein y Salima Ikram estudian una de las momias del complejo en Saqqara. / FOX

Los embalsamadores egipcios tenían olfato empresarial

Un taller de momias en Saqqara muestra el negocio de la muerte

JACINTO ANTÓN, **Barcelona**
Mika Waltari imaginó en *Simuhé, el egipcio* cómo funcionaba una Casa de los Muertos, un taller de embalsamamiento. En la novela, el protagonista se veía forzado a trabajar en una de esas instalaciones a fin de pagar la momificación de sus padres. Sorprendentemente, mucho de lo que el autor describía —aunque no el que los embalsamadores se beneficiaran a las clientas atractivas como la cortesana Neferefernefer— lo ha atestiguado el descubrimiento en la necrópolis de Saqqara, a una hora al sur de El Cairo, de un gran recinto de momificación vinculado a un complejo de tumbas. También muestra que, como hoy, en el Antiguo Egipto existía un importante negocio alrededor de la muerte.

El lugar, en el que excava des-

de hace dos años una misión egipcio-alemana (Ministerio de Turismo y Antigüedades y Universidad Eberhard Karls de Tubinga) dirigida por Ramadan Hussein, y que era conocido superficialmente desde el siglo XIX, está arrojando interesantísimos hallazgos e información nueva que cambia algunas de las ideas que teníamos sobre la momificación. De entrada, el taller, el primero que se encuentra intacto, es subterráneo (a 12 metros de profundidad), lo que constituye la primera evidencia de que la momificación se hacía bajo tierra. Además, hay numerosos recipientes con la anotación tan grande, tan bien conservada y tan equipada con ele-

mentos de embalsamamiento”, recalca a este diario por teléfono la egiptóloga especialista en momias Salima Ikram, de la Universidad Americana de El Cairo y que trabaja codo a codo con Hussein. “Aún no sabemos cuánto vamos a avanzar en nuestro conocimiento, estamos analizando multitud de sustancias y herramientas; las posibilidades son inmensas”.

Entre los enigmas que plantea el lugar figura el hallazgo del enterramiento de una mujer, Didibastet, con seis vasos canopos. En esos recipientes, presentes en todo enterramiento de cierto nivel, se guardaban los órganos internos de los difuntos. Pero tradicionalmente siempre eran solo cuatro: hígado, pulmones, intestinos y estómago (el corazón se mantenía y los riñones se ignoraban). Está por dilucidar qué hay en los

Canales para la sangre y aire contra insectos

El taller subterráneo era un espacio rectangular de techo alto. Tenía diversas zonas que correspondían a los distintos pasos del proceso de momificación. En una de esas áreas han aparecido dos grandes cuencos que podrían ser para las vendas de lino o acaso para el natrón, la sal usada en el desecado de los cadáveres. En el taller se han hallado también canales tallados en la roca que debían servir para drenar sangre y líquidos de los cadáveres, cantidad de vasijas y cuencos para productos —resina de pistacho y de cedro, cera de abeja, grasa animal, aceite de oliva— empleados en la momificación, así como copas de medir.

El taller posee canales de ventilación para que circule el aire purificado mediante un quemador de incienso. Cabe imaginar el ambiente que habría en las salas de evisceración en verano. “Había que mover el aire para eliminar los insectos, que se acumulaban con los cadáveres”, recalca Salima Ikram.

otros dos vasos, pero si resulta que había muertos a los que se les conservaban seis vísceras sería un cambio notable en lo que sabemos sobre las prácticas funerarias egipcias y estaríamos ante una forma de entierro no vista.

Los investigadores han podido observar que el taller era una verdadera industria. “Era un lugar a la vez muy práctico y religioso”, explica Ikram. “La primera fase de la momificación, con la extracción de órganos, debía ser bastante sangrienta, no muy agradable de ver; la segunda, con el cadáver ya conservado, se centraba más en el ritual”. En cuanto al personal, “habría un *staff* de sacerdotes embalsamadores y trabajadores más manuales”. La egiptóloga señala que es difícil calcular cuántos difuntos podía procesar la instalación, seguramente muchos.

“La gente no llegaba al mismo tiempo, claro, pero calculo que se podían momificar cuatro o cinco cuerpos a la vez”. Se momificaba de diferentes maneras según el tipo de cliente. Había distintos estilos —la evisceración de calidad era mediante incisión en el abdomen y la menos fina por el pasaje anal— y, sin duda, tarifas. Vamos, que te podían momificar de lujo o con *less style*. En ese sentido, el responsable de las excavaciones, Ramadan Hussein, de la Universidad de Tubinga, al que ya se empieza a ver por su capacidad de comunicar y su carisma como un nuevo Zahi Hawass, señala en su estudio que “la evidencia muestra que los embalsamadores tenían un buen olfato empresarial” y se adaptaban a las necesidades y posibilidades del cliente, con incluso *packs* de entierros de bajo presupuesto.

El taller de momificación y el complejo de tumbas anexo, “una mina de información”, pertenecen al período *saíta* persa (664-404 antes de Cristo) y se excavan desde 2018 en Saqqara, al sur de la pirámide de Unas.

La instalación está en conexión con un profundo pozo de 30 metros utilizado como lugar de enterramiento comunal, aunque con marcadas diferencias entre unos difuntos y otros, y que incluye diversas cámaras talladas en la roca. En esas cámaras han aparecido ataúdes de madera y sarcófagos de piedra y medio centenar de momias. Una de ellas portaba una excepcional máscara de plata —la primera que se encuentra en Egipto desde 1939, cuando Pierre Montet halló en Tanis la de Psusenes I—. La momia era de una sacerdotisa de Nut-Shaas, una rara forma de Mut con aspecto de serpiente. Que haya en el complejo otras dos momias de sacerdotes de esa extraña divinidad indica un culto hasta ahora desconocido.

Los enterramientos muestran cómo la casa se adaptaba a lo que le pedían: opciones de primera —momificación cuidada, buen equipamiento funerario, cámara privada— y de segunda —con los difuntos juntos y con materiales pobres—. Los muertos con más posibilidades, según el estudio, eran enterrados a mayor profundidad. Hay evidencias de reutilización de cámaras y ataúdes para maximizar la capacidad y rentabilidad del complejo.

CAFÉ PEREC / ENRIQUE VILA-MATAS

Dos tardes con Bioy

En lugar de “una experiencia que nos ha hecho más ricos”, ¿no podríamos decir a veces que “una experiencia nos ha hecho más pobres”? La pregunta es de Peter Handke y, dadas las circunstancias actuales, cada día la veo más sensata. Pero no sé si estoy hablando influido por la excesiva resonancia de algunas frases que sobre la pandemia han dejado caer últimamente algunos. Unas cuantas frases que nos han empobrecido, casi todas de escritores, a los que se acude suponiéndoles confabulados con el aislamiento cuando en realidad muchos no están hechos para meditar, la actividad más imprescindible si

quiere uno aislarse en una “cabaña para pensar”. También se recurre a ellos por otro equívoco, por su sobrevalorada capacidad para profetizar, y así estos días hemos tenido que enterarnos, por ejemplo, de que, “después del confinamiento, el mundo será igual, solo que un poco peor”. Sin embargo, todos sabemos que no hay que pensar mucho para profetizar esto último. Porque lo que viene a decir esa frase que ha dado la vuelta mediática al mundo es tan obvio como que los loros solo hablan en su lengua materna.

En *Neuros aires*, el ágil libro del barcelonés Marc Caellas, he encontrado unas

palabras muy atinadas de Bioy Casares sobre el mito de la inteligencia de los escritores: “La gente cree que las obras literarias están llenas de ideas profundas. Lo que es raro es que también se dejen engañar los escritores: deberían saber que no es para tanto”. Ya es divertido, bien mirado, que esto lo diga Bioy, que fue precisamente una inteligencia superior. El caso es que la creencia en la profundidad de la literatura remite al drama cotidiano de tantos que empezaron por suponer que crear a la hora de escribir era ir más allá de todos los esquemas (auscultación, por ejemplo, de la verdad profunda que hay en nosotros) y acabaron descubriendo que la verdad más honda que poseemos es precisamente ese esquema que nosotros mismos nos hemos construido, y que no hay más. Su drama recuerda al del chimpancé al que dieron papel y lápiz para que demostrara lo artista que era y no pasó de dibujar los

barrotes de su propia jaula. Pero, quién sabe, quizás como decía aquel castizo, lo que en verdad importa en este mundo es pasar el rato.

Aún recuerdo las dos tardes que pasé con Bioy en la terraza del Felipe II, en El Escorial. En una de ellas me habló de un periodista amigo que un día, a traición, le preguntó directamente por el sentido de su obra. Bioy me dijo que acusó el golpe y no supo ni qué contestarle, pero por la noche en su casa volvió a pensar en la tremenda pregunta y decidió que si se la volvían a hacer, recurriría al sentido del humor, que era muy útil porque permitía soltar una temible verdad por la vía de la comicidad. Le pregunté a qué verdad se estaba refiriendo. Y por momentos vi que Bioy dudaba, como si le hubieran vuelto a preguntar por el sentido de la obra. “A la ausencia general de profundidad”, dijo finalmente, con tanta ligereza que todavía ando preocupado.